

América

POR

MARIA DEL PILAR SINUÉS.

Edición de "La Defensa del Pueblo."



MONTERREY.
IMPRENTA CATOLICA.
70—Calle Dr. Mier—70

1890

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FRANCISCO REYES
MONTERREY, MEXICO

FIERINA

I

Winendale

EL sol se ponía al fin de la ancha llanura que se extiende desde la ciudad de Brujas al mar del Norte, sin que ningún accidente, bosque, roca, ni monte interrumpiera su monotonía; sólo los campanarios góticos de las ciudades y de las aldeas, tan próximas unas á otras en Flandes, animaban la severidad del paisaje.

En la época en que empieza esta historia, el castillo de Winendale, antigua residencia de los Condes de Flandes, se elevaba no lejos de Bru-

jas y el sol, al ponerse, encendía torrentes de luz en los vidrios de colores de la gótica capilla y en las estrechas y ojivas ventanas de la gran torre del Oeste.

Dos mujeres se hallaban sentadas cerca de una de estas ventanas; parecíanse mucho, si bien la una se hallaba al declinar la vida y la otra en los primeros años de la juventud; ambas tenían la misma frente despejada y noble, mas la una la mostraba cruzada de arrugas y la otra pura y tranquila como la de un niño; iguales eran sus ojos, azules, dulces y pensativos, pero de un color mas pálido, en la que había llorado y sufrido; de un matiz más obscuro y más vivo en su hija; los de la niña brillaban bajo largas pestañas de seda negra y parecían sonreír á la vida, cuyos umbrales tocaban apenas; ambas, en fin, tenían la misma tez blanca y tersa propia de las razas del Norte y la misma estatura elevada y esbelta.

Llevaba la madre en su semblante y en su actitud el sello irrecusable de la edad, de las fatigas y de los pesares y la hija se parecía en su belleza inocente á un querubín descendido á la tierra y que se asombra de que en ella se pueda sufrir.

Estas dos mujeres eran princesas: Margarita de Luxemburgo, condesa de Flandes y esposa de Guy de Dampierre, y Filipina, la mas joven y la mas amada de sus hijas, prometida, aunque sólo contaba catorce años, al príncipe de Galles, que fue, después Eduardo II de Inglaterra.

La condesa se levantaba frecuentemente, se asombra á la puerta de una estancia vecina y miraba á las doncellas de honor y á las meninas doblar y colocar en los cofres de viaje los preciosos vestidos y las ricas joyas de la regia desposada; de vez en cuando daba alguna orden nueva y parecía enteramente ocupada de estos preparativos.

—Mi buena madre,—dijo en fin, Filipina, besando una mano de aquélla,—os tomáis demasiada pena por mí.

—Es la última vez,—repuso la condesa.— ¡Mañana, pobre hija mía, ya no tendras á tu madre para velar por tí! ¡Mañana ya no estarás aquí!

—Madre mía,—dijo Filipina, pasando un brazo alrededor del cuello de la condesa;—dicen que seré reina de Inglaterra, es decir, una muy grande señora; pero yo hubiera preferido quedarme cerca de vos para consolaros en vuestras tristezas y para alegraros en la ausencia de mi padre y de mis hermanos! ¡Ay! ¡no tenéis más hija que yo y mi pequeña hermana Isabel, que ahora no sabrá consolaros y que, cuando sepa comprenderos, se irá también!

—Es la voluntad de Dios y de tu padre, hija mía y es preciso someterse á ella; las reinas y las princesas tenemos más penas que las demas madres, porque nos van quitando á nuestros hijos casi desde la cuna; tú también, mi Filipina, pensarás en tus hijos, que estarán en las batallas y en tus hijas, casadas muy lejos de tí.

—¡Yo volveré madre mía!—exclamó Filipina!

—¡Oh sí ¡Yo obtendré del príncipe Eduardo que me traiga cerca de vos, madre mía muy amada! Nuestras naves son ligeras y este viaje, no me parece largo ni fatigoso.

—¡Sí, hija mía, tú volverás!—dijo la condesa, besando la rubia cabeza de Filipina.—Pero ¡ay de mí, que antes de llegar á Inglaterra, donde te espera tu prometido, tienes que hacer otro viaje, que me hiela de espanto!

—¡Cómo, querida madre!—¿Tenéis miedo porque voy á Paris á ver á mi padrino el rey Felipe? ¿Acaso no es el amigo, el aliado de mi padre?—¡Yo creo, por el contrario, que él me obsequiará con fiestas y torneos, lo mismo que su esposa la bella reina Juana!

Sacudió la cabeza Margarita de Luxemburgo al oír estas palabras llenas de crédula confianza de la juventud y respondió tristemente:

—El rey Felipe no me inspira ninguna confianza, porque lo creo lleno de malicia y de ambición; desde hace largo tiempo desea nuestra rica Flandes; sabe que este hermoso país y sus nobles ciudades serían el más brillante florón de la corona de Francia y estoy persuadida de que no verá sin profundo disgusto tu matrimonio, que nos dá un aliado tan poderoso como el rey de Inglaterra. Dios me perdone si juzgo con temeridad; pero mi alma se halla llena de inquietud y de sospechas y estaría mas tranquila al saber que ibas cruzando la mar enfurecida, que abandonada al rey Felipe en la ciudad de Paris.

—Yo no voy sola, madre mía; me acompañan mi padre, dos de mis hermanos, y una gran comitiva de caballeros.

—¡Es verdad! Y por eso temo, hija mía, por tu padre, por tus hermanos y por tí!

Filipina no respondió; angustiada por los presentimientos de su madre, lloraba; la condesa la tomó de la mano y le dijo:

—Vamos á la capilla á rogar á Dios y á su Santa Madre; nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que ha hecho el cielo y la tierra.

II



El rey Felipe

Ocho días después, los curiosos y los habladores, que siempre han florecido en gran número en la buena ciudad de Paris, se reunían en la calle de la Cité, á fin de ver el suntuoso cortejo del conde de Flandes y de su hija la futura reina de Inglaterra.

Ninguna nación igualaba entonces á Flandes en riqueza y elegancia; se esperaban maravillas y las esperanzas no fueron ilusorias.

El pueblo de París admiraba con la boca abierta á los músicos, con trajes escarlata, que abrían la marcha; venían luego numerosos servidores y escuderos que precedían á los barones y á los caballeros; éstos eran los herederos de los mas hermosos nombres de Flandes y el esplendor de sus equipajes anunciaban á los mas grandes señores del mas rico país de Europa; montaban poderosos caballos adornados de gualdrapas blasonadas; sus brillantes armaduras eran de oro y sus cascos, ornados de plumas y de lambrequines, parecían robados á las armaduras de guerra de los antiguo escandinavos; muchos pajes, vestidos con los colores de sus señores respectivos, llevaban sus armas y sus escudos.

En medio de esta lucida tropa avanzaba el viejo conde, vestido de un traje talar de terciopelo negro; caían sobre su pecho las sedosas ondas de su larga barba, blanca como la nieve; sus cabellos, igualmente blancos, se escapaban por debajo de su toca, también de terciopelo negro y ceñido con la corona de conde soberano.

El pueblo, que sabía que aquel anciano había sido uno de los compañeros de armas de San Luis en las Cruzadas, gritaba á su paso:

—¡Noël ¡Noël!

A la derecha de Guy de Dampierre y montada en un caballo blanco, cubierto con una

mantilla de un precio inestimable, venía Filipina vestida con una túnica de brocado de plata y un justillo de terciopelo rojo cubierto de oro; la jóven, llena de timidez, ante tantas miradas, bajaba los ojos y procuraba reunir los pliegues de su velo, de encaje blanco, sobre su lindo rostro; el pueblo aplaudía con entusiasmo su extrema juventud, su delicada gracia y su interesante modestia; los heraldos, que iban delante de su caballo, respondían á las aclamaciones arrojando con abundancia monedas de oro y plata.

Entre los gritos de *¡Noël y larga vida!* llegó el cortejo en buen orden al palacio que el rey Felipe habitaba y que elevaba entre sus grandes torres, edificadas por Felipe Augusto, la flecha aérea de la Santa Capilla fundada por San Luis.

El conde y su hija echaron pie á tierra y fueron conducidos á la presencia del Monarca.

Filipina temblaba al atravesar las vastas salas con los muros cubiertos de tapices, en que se veían las lises de Francia y llenas de pajes y de servidores del Rey vestidos de largas túnicas, sobre las que llevaban ceñida la coraza; esta tropa abigarrada y deslumbradora retrocedió delante de ella y le dejó ver, sentado bajo un alto dosel y en toda la majestad real, al rey Felipe.

Embargada por su turbación, la princesa no reparó ni en el pálido semblante del rey, ni en su noble estatura, ni en la belleza sorprendente de toda su persona; inclinóse con ademan sumiso ante aquel en quien veneraba á la vez la dig-

nidad del cetro y los derechos casi paternos. El conde Guy tomó la palabra y dijo:

—Querido señor, ved aquí á mi hija, vuestra prima y ahijada, que yo y mis buenas ciudades de Flandes hemos prometido al rey de Inglaterra para su hijo y que no ha querido partir sin despedirse de vos.

El semblante de Felipe había ido tomando una expresión dura y airada; miró sin emoción y sin piedad á aquel anciano, á quien su santo abuelo había dado el nombre de hermano de armas y de amigo y á aquella niña, por la cual, al darle su nombre, se había comprometido á velar delante de Dios; á aquellos dos seres que venían á él con tanta confianza.

Después de un instante de silencio, respondió con voz breve:

—¡Por Dios santo, señor conde, pienso que vuestra hija no ha formado una alianza tan perjudicial á nos y á nuestro reyno, sino por orden vuestra! ¡Pero no se llevará á cabo! ¡Vos habéis tratado sin prevenirme como á vuestro soberano señor; vos y vuestra hija, pues, quedaréis aquí!

—Señor rey, ¡esto es una felonía—exclamó el anciano conde; yo no puedo disponer de mis tierras sin vuestro consentimiento, pero puedo disponer de mi hija, porque mi derecho paternal no reconoce vuestro derecho de soberano; yo os debo sólo el servicio de la guerra y lo rendí á vuestro abuelo.

—Vos me debéis consultar en vuestras alianzas, como deudo mío,—interrumpió Felipe

con dureza,—lo aprenderéis, si lo ignoráis; ahora mismo van á conducirnos á la torre del Louvre; en cuanto á los señores y caballeros de vuestra comitiva, libres son de volver á Flandes, ¡He dicho señor conde!

Flipina dió algunos pasos hacia su padre, y éste la estrechó con un brazo contra su pecho, levantando la mano derecha que le quedaba libre, hacia la estatua de Luis IX, allí presente, exclamo.

—¡Ah, señor rey! no estamos ya en los tiempos de San Luis.

Esta queja resignada fué inútil; los sargentos reales, advertidos de antemano, colocaron en medio de su sombría cohorte al padre y á la hija, mientras que los caballeros flamencos eran detenidos y desarmados en una de las salas bajas del palacio.

Media hora después la puerta de la gran torre del Louvre se cerraba detrás del conde de Flandes y de la prometida de Eduardo de Inglaterra.

El gobernador las recibió y les condujo á un departamento que había ya servido de prisión á algunos príncipes.

—¡Fernando de Portugal ha estado encerrado aquí trece años!—dijo el conde Guy recorriendo con una triste mirada la ancha y sombría sala.

—Perdonad, monseñor,—respondió el gobernador con un profundo saludo;—donde estuvo aquel desventurado príncipe fué en el calabozo situado bajo la torre del reloj, y el más duro

de todos; desde aquí podéis ver la ventana.

El conde meció la cabeza tristemente como para protestar de su curiosidad.

—¿Y mi hija?—dijo el gobernador, que esperaba sus órdenes de pie; donde debe habitar?

—Allí, monseñor; á la derecha de vuestro departamento hay dos estancias para la noble señorita; y una para una jóven que le hará compañía y la servirá; las órdenes del rey, mi señor, son precisas acerca de este particular.

—¡Ah, él nos esperaba!—murmuró el conde con profunda amargura; y como una loca ave-cilla que se lanza hacia la red, yo me he dejado prender en el lazo... Si sólo se tratase de mí... pero mi pobre hija?...

Suspiró el conde, y Filipina, que adivinaba sus pensamientos, le abrazó llorando y diciendo con voz dulce:

—¡Valor, padre mío! Mi hermano y las buenas gentes de Flandes no nos dejarán aquí, y yo no tendría cuidados ni tristeza si no pensara en mi madre. Nuestra cautividad será corta, ¡pero á ella le parecerá muy larga!

El gobernador, compadecido les dejó solos, y, á lo menos, con la libertad de la palabra, de la mirada, de la sonrisa y de las lágrimas; hacia la noche se puso á disposición del conde uno de sus criados y se presentó á Filipina una de sus camaristas, nombrada Alix, é hija de una noble familia flamenca.

III

Cautividad

Una especie de aturdimiento reemplazó en los prisioneros á la primera violencia de la indignación y del dolor; parecían que estaban bajo la impresión de un horrible sueño y no podían creer en la cautividad que remplazaba, en el anciano conde, al ejercicio del poder soberano; en la jóven, á las caricias de su madre, á la dulce libertad, á las esperanzas, vistas tan de cerca, de una dichosa unión.

Agitábanse, como nos agitamos en una pesadilla; pero los días sucediéndose á los días, les enseñaron que su sueño era una realidad terrible.

El viejo conde sostenía su infortunio con una firmeza cristiana; llegado al término de la vida, no parecía querer disputar á sus enemigos algunas horas de autoridad, algunos últimos instantes de alegría... pero la vista de su hija abatía todo su dolor.

Filipina, tranquila como la ignorancia, fuerte como la esperanza, ofrecía siempre á su padre los ojos rientes y la frente serena; algunos días de tempestad no habían podido marchitar aquella fresca y delicada flor; ¡se creía tan segura del próximo socorro, de la pronta libertad, del triunfo inevitable! Sentada cerca de su padre, Filipina le exponía todos sus motivos de esperanza.

¿No, era acaso, la Flandes un país con el cual debían contar los reyes? sus hermanos, el petulante Roberto, el valeroso Guillermo, ¿no eran conocidos por su amor filial y por sus hechos de armas? ¿dejarían ahora á su padre y á su hermana en la prisión? ¡Ellos tan valerosos caballeros! ¡Oh, tal cosa era imposible!

Después enumeraba con complacencia los recursos de los estados de su padre; hablaba de los gremios de Gante, armados y belicosos; de la poblacion de Brujas, tan poderosa y tan rica; de sus numerosas flotas, de los arqueros de Courtray, de los labradores armados de hachas, en quienes vivía el valor y casi la ferocidad de sus antecesores paganos. ¿El rey de Francia no debía temer á tales soldados?

El conde sonreía ante estos cuadros, no obstante, él sabía mejor que la niña cuantas dificultades traerían á la libertad de su soberano aquellas ciudades potentes, pero celosas entre sí.

Cuando el anciano recaía en sus sombríos pensamientos, Filipina, á fin de distraerle, buscaba en su memoria y cantaba con voz pura y

melodiosa las baladas de su país; luego recitaba en francés, en flamenco y en inglés, las poesías que había aprendido, y cuando su padre parecía dispuesto á hablar, le rogaba que le contase sus antiguas guerras; el conde alzaba entonces su cabeza venerable, el recuerdo de San Luis le exaltaba, y repetía:

—Yo le defendí en Palestina! ¡Yo hice cuanto pude con mis bravos flamencos! ¡Muchos franceses me han debido la vida, y, no obstante, estoy prisionero en el Louvre!

—¡Padre mio,—replicó la niña,—puesto que hay aquí una capilla dedicada á monseñor San Luis, invoquémosle!

—Yo le invoco todos los días, hija mía; como á un pariente que tengo en el cielo; pero es preciso invocarle mucho, porque preveo grandes males para el reino de Francia.

Ninguna nueva conseguía penetrar en la prisión, y hasta la queja que el conde de Flandes había dirigido á los pares de Francia había quedado sin respuesta.

Muchos meses se pasaron. La misma Filipina empezaba á dudar.

Una noche, en el momento mismo en que iban á cerrarse las puertas de la fortaleza, entró el gobernador, seguido de algunos servidores que llevaban antorchas; un joven de gallarda presencia les acompañaba; precipitose con ansia en la prisión, arrojose á los pies del anciano conde, y le dijo con una voz en la que temblaban las lágrimas:

—Monseñor, mi venerable padre, estais libre!

—¡Roberto, hijo mío! ¡eres tú!—exclamó el conde;—¡no has olvidado á tu anciano padre!

—¡Ni un instante, monseñor, ni vuestras buenas ciudades os han olvidado tampoco! No hemos cesado de pedir vuestra libertad al rey Felipe; los pares han juzgado en solemne asamblea vuestra causa, y os han declarado inocente de toda felonía hacia el soberano; sin embargo, Felipe no abría vuestra prisión, y he venido yo mismo á París con mis hermanos Guillermo y Felipe, y fuertes con el apoyo del Soberano Pontífice, á quien hemos invocado, hemos hablado al rey de Francia: el rey nos ha impuesto duras condiciones, y nosotros las hemos aceptado, á fin de que seais devuelto á vuestros pueblos y á nuestra madre.

Al acabar estas palabras, Roberto bajó los ojos.

—¿Y mi hija? ¿y tu inocente hermana? ¿no dices nada acerca de ella?—preguntó Guy con angustia.

—Padre mío, Filipina tiene que quedarse en el Louvre en rehenes.

—¡Bendito sea Dios, mi querido padre!—exclamó Filipina;—partid, volved al lado de mi madre! ¡Yo iré muy pronto á reunirme con vosotros!

—Sí, hermana mía,—dijo Roberto;—por mi fe de caballero, te aseguro que te sacaré de la prisión.

Guy vacilaba; una cruel amargura se extendía sobre su libertad inesperada; sus dos hijos se pusieron de rodillas y le suplicaron en

nombre de su madre, que se moría de dolor, que aprovechase la buena voluntad del rey.

Era preciso ceder; con el corazón desgarrado dió el anciano su bendición á Filipina, que le besó las manos y enjugó sus lágrimas.

—¡Oh, hija mía,—exclamó el anciano;—¡era tu viejo padre el que debía morir, y tú ser libre!

Roberto no le dejó acabar, arrastróle en pos de él, dejando un beso de despedida y una última mirada á su hermana cautiva; la desgraciada niña oyó los pesados cerrojos que se abrían y se cerraban; en el silencio de la noche distinguió los pasos de los caballos de la escolta que llevaba á su padre; el ruido se perdió á lo lejos, Filipina miró en torno suyo, se vió sola entre aquellos muros siniestros, y sumergida en un profundo desaliento, lloró amargamente; de repente una mano asió la suya, la estrechó, y una dulce voz le dijo:

—¡Esperad en Dios!

Volvióse Filipina, y vió á su camarista Alix que lloraba á su lado.